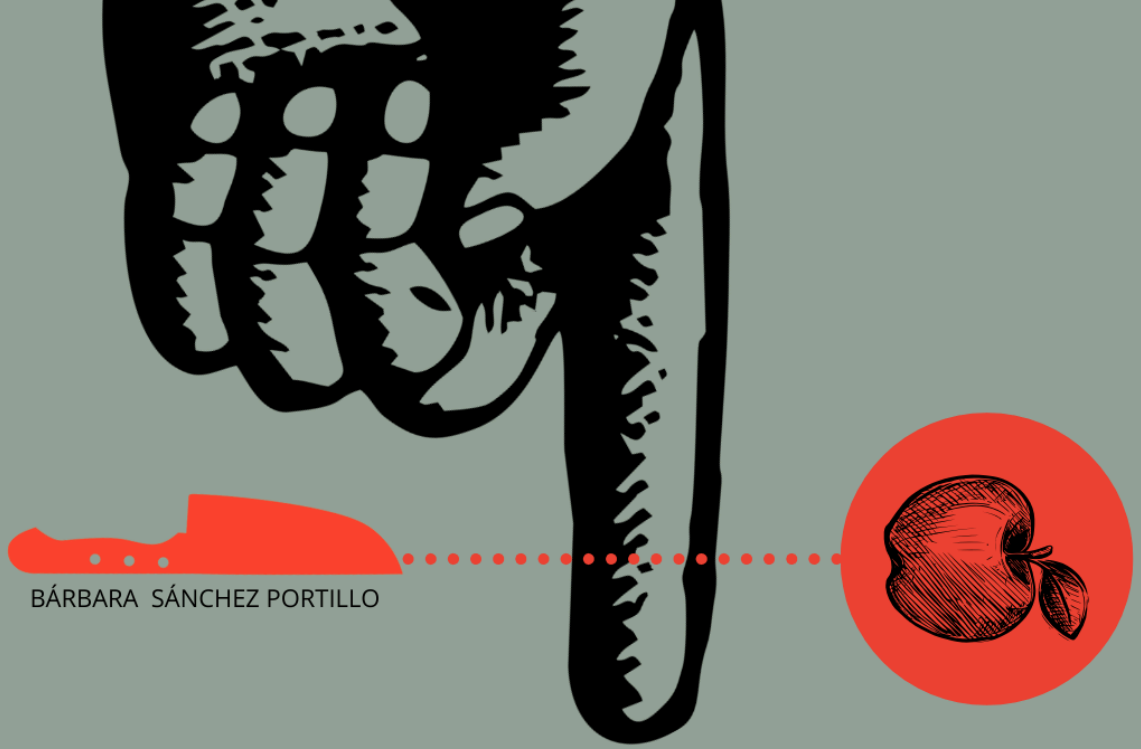

BÁRBARA SÁNCHEZ PORTILLO

«Los dedos nunca pueden estar en la trayectoria del cuchillo».

La primera vez que le oyó esa frase a su padre, que se llamaba Vicente, como él, Vicente hijo tendría 6 o 7 años. Estaba intentando pelar la manzana de postre sin ayuda y tenía a toda la familia en vilo, pendiente de sus movimientos. A lo largo de su infancia, su padre repitió esa frase decenas de veces a él y a sus hermanas. Y no solo cuando trataban de pelar la fruta, sino cada vez que alguno de ellos aparecía con un cúter o con la sierra de marquetería. Desde hacía varios años resonaba en su cabeza con asiduidad, sobre todo cuando tocaba la yema de su meñique izquierdo con el pulgar de la misma mano. Le faltaba un cachito pequeño y finísimo. Era una lonchita

muy chica, una rebanadita, una tajadita ínfima, una lasquita de nada. Pese a que intentaba quitarle importancia refiriéndose al estropicio con diminutivos, en el fondo sentía que, de seguir vivo, aquello habría decepcionado bastante a su padre. Porque mira que le había advertido veces de los peligros de usar objetos cortantes.

En el mismo momento en que la familia se enteró de que el padre estaba enfermo y que la cosa pintaba regular, un nuevo runrún ocupó la primera posición en la lista de preocupaciones de Vicente hijo: si su padre no estaba, ¿a quién iba a acudir él cada vez que surgiera un problema gordo? Nadie sabía cómo manejarse en la vida como su padre: este tenía el don de saber darle la importancia justa a cualquier vicisitud. Si Vicente padre decía que no merecía la pena tanto desasosiego, Vicente hijo notaba enseguida el efecto de un calmante: desaparecían de

forma inmediata el tembleque en el ojo y la presión en el pecho. Si, por el contrario, el tema era serio, Vicente padre encontraba la forma más eficaz de enfrentarse al problema: céntrate en esto, prueba llamando a aquel, deshazte de lo de más allá. Y siempre tenía razón. O quizás no, pero todos se sentían conformes porque lo que él decía que funcionaría acababa funcionando de una manera u otra, sólo había que realizar los ajustes necesarios. Así que Vicente hijo pasó unos meses (pocos, porque aquella enfermedad corría que se las pelaba) observando cómo su padre iba menguando (la cara, los brazos y las piernas cada vez más finos) y cómo iba creciendo la certeza de que el puñetero bicho que campaba a sus anchas por el cuerpo de su padre iba a acabar dejándolo medio huérfano.

Cuando Vicente padre murió, Vicente hijo no supo muy bien cómo tomárselo. Durante su niñez había llegado a

creer en el Dios cristiano y católico pese a que en su familia eran todos ateos; suponía que se debía al hecho de que no hubiese alternativa a la asignatura de religión cuando iba al colegio. Si él sentía una fe ciega por algo, era por lo que le enseñaban en clase; ¿cómo podía no ser verdad lo que le contaba un profesor? Sin embargo, durante la adolescencia llegó a la conclusión de que, existiese o no, no le hacía falta creer en Dios: eso que predicaba el profesor de religión sobre ser buena persona para no ir al infierno no le decía nada. Había que ser buena persona siempre, incluso sin que te amenacen con el peor de los finales. Y lo de la vida después de la muerte era algo que no podía comprobar, no conocía a nadie que hubiese vuelto para contarlo, así que, para Vicente hijo, la muerte equivalía a dormir sin soñar nada y no volver a despertar, y estaba conforme con ello. Pero

claro, todo eso estaba muy bien cuando los que se morían eran otros.

Cuando el que desapareció fue su padre, Vicente hijo comenzó a considerar (anhelar más bien) que su padre pudiera seguir por ahí de alguna forma. Decidió que, si no se había ido del todo, tenía que haber algún modo de ponerse en contacto con él, por lo que comenzó a ensayar todas las invocaciones que se le ocurrieron: reproducir en el tocadiscos sus discos favoritos, utilizar sus herramientas, vestir sus camisetas, susurrar «papá» a las doce de la noche del día de su cumpleaños (y también a las doce del mediodía), en el aniversario de su muerte (a las doce de la noche, a la hora que aparecía en el certificado de defunción y a la hora en la que cerraron su ataúd para siempre), repetir lo anterior pero sustituyendo los susurros por gritos; decir en voz alta su nombre (con y sin apellidos) tres veces seguidas, cinco veces seguidas,

una del derecho y otra del revés... Durante varios años probó todo lo que se le fue ocurriendo de forma individual y combinada (susurro, camiseta, disco favorito y martillo en mano a las doce de la noche del día de su cumpleaños, por ejemplo), sin obtener resultado alguno: Vicente padre no aparecía. Concluyó que quizás sus esfuerzos no estaban sirviendo de nada porque todas las acciones que había llevado a cabo denotaban que era Vicente hijo el que quería contactar con su padre y, tal vez, las apariciones solo se daban si era el que había muerto quien tenía la necesidad de comunicarse con los vivos. Esto abría un nuevo campo de posibilidades: debía crear situaciones en las que la intervención del espíritu de su padre fuese crucial. Por su mente desfilaron ideas como invertir grandes cantidades de dinero en proyectos de dudosa fiabilidad, conducir más rápido de la cuenta por carreteras sinuosas, decirle a su madre que abandonaría

todo y se iría a vivir al extranjero con un grupo de chalados que acababa de conocer por internet... Una serie de provocaciones estúpidas que sabía que no iba a poner en práctica y que, además, su padre no se iba a tragar ni de broma, así que decidió no continuar su proyecto por esos derroteros, sobre todo por su propia seguridad. Resultaba mucho más inofensivo seguir escuchando discos de The Smiths y ponerse las chanclas o el forro polar de su padre cada vez que se acercaba a visitar a su madre a la casa familiar.

El día que Vicente nieto cogió el cuchillo bueno, el que cortaba, y se dispuso a pelar una naranja, —«¡yo la pelo solito!»—, Vicente hijo descubrió a su padre en el espejo que estaba sobre el aparador del comedor de la casa de su madre. En el reflejo, Vicente padre estaba sentado en la silla que, a este lado del espejo, ocupaba Vicente hijo, y llevaba su camiseta de rayas finas rojas y blancas, la

misma que, casualmente, también llevaba Vicente hijo en ese momento, en su enésimo intento de invocación.

«Los dedos nunca pueden estar en la trayectoria del cuchillo», le escuchó Vicente hijo decir a su padre.

Su madre, sentada a su lado, miró a Vicente hijo fijamente y musitó:

— Has sonado igual que papá.

Vicente padre y Vicente hijo se buscaron en el espejo y sonrieron.